

Vivir África. Entrevista a Jordi Esteva

José Antonio González Alcantud

Jordi Esteva, una persona nada común. De raza aventurera, se sumergió en África muy temprano, en los primeros setenta, cuando aún palpitaba en él el resorte adolescente, rimbaudiano, de conquistar (captar, sería mejor) desiertos. Corrió tras un familiar suyo, cazador, perdido por aquellos mundos, cuyo desencuentro narra magistralmente en su último libro *Los árabes y el mar* (Península). Sueños, ensueños y delirios hiperreales llenan su literatura, enfrentada a toda vulgaridad. Otras obras tuyas, tanto literarias como fotográficas, han ido remontando el curso de la cotidianidad hasta llegar al día de hoy. *Mil y una voces* (El País Aguilar), *Los oasis de Egipto* (Lunwerg), *El viaje al país de las almas* (Pretextos). Haremos referencia a este último volumen, que es un libro fabuloso donde se combinan la técnica fotográfica y la escritura, y que constituyó una incursión en el África resistente del “animismo”, conjunto de creencias tachadas de idolátricas y/o paganas, que siguen inquietando a las religiones monoteístas, acaso por lo que Marc Augé sostenía con tino en *El genio del paganismo*, que esto, el paganismo, resulta de una pluralidad humana no proselitista difícil de aceptar por los monoteísmos militantes. Jordi Esteva vive una vida de exiliado, llevando una existencia rural, en el Ampurdán, de la que sale sólo para indagar en abisales simas generalmente africanas. Su última inmersión en Costa de Marfil ha dado lugar a una hermosa película, *Retorno al país de las almas*, que define en esta entrevista como una película “anti-antropológica”. Él, que tiene alma de explorador de almas, sabe por qué.

GONZÁLEZ ALCANTUD—*Un amigo me decía que nos han cortado la capacidad de soñar en este mundo tan raro. Tú, en Los árabes del mar, tienes un sueño recurrente: ves entre refracciones de la luz del desierto troupes nómadas, surgidas de tu adolescencia, que son portadoras de sueños tan elementales como complejos.*

JORDI ESTEVA—No sé si nos han cortado la capacidad de soñar, pero yo no podría vivir sin los sueños. En mi caso se confunden con los proyectos. Eso es lo que me hace vivir y me da energía. Hace ya bastantes años, cuando en la soledad de la noche me gustaba experimentar con el hachís, llenaba libretas y libretas con proyectos y escritos, dibujaba incluso las fotografías que pensaba realizar. Recuerdo la de unos árabes

contándose historias alrededor de un fuego. En unas mudanzas recientes encontré una libreta olvidada y cuál no sería mi sorpresa cuando vi de nuevo esa escena fabulada hacía veinte, treinta años quizá, porque acababa de hacer una foto en Socotra que era prácticamente igual.

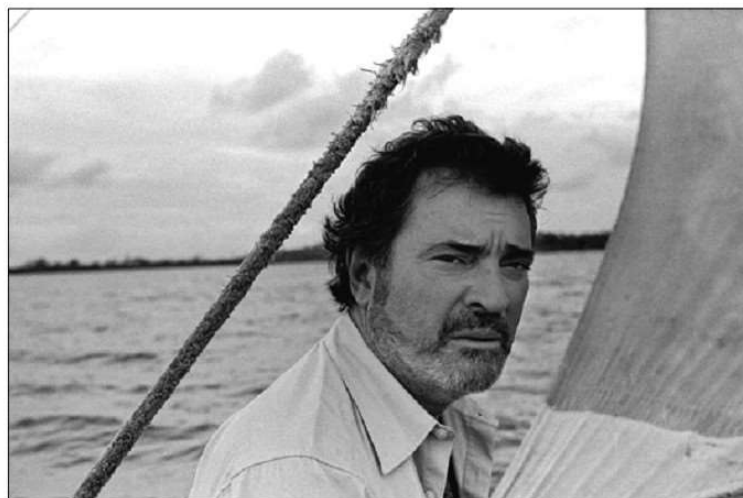
No sé si he perdido la capacidad de soñar. No, pensándolo mejor, en absoluto, pero lo cierto es que quizá haya perdido la capacidad de elaborar nuevos sueños, porque en mi caso quizá estoy viviendo de prestado de los sueños de infancia; de cuando viajaba sin salir de la habitación gracias a los atlas y a los libros de geografía. ¿Tengo sueños o, lo que es lo mismo en mi caso, proyectos nuevos? Creo que finalmente todo forma parte del mismo sueño. Distintas aproximaciones a un mismo tema: “Los mundos que se van”. Quizá mi sueño sea revivir la sensación de cuando *sí* soñaba.

Pocas veces me he sentido más en un sueño y al mismo tiempo más despierto, más vivo, sintiendo la sangre correr por las venas y el aire filtrarse por los bronquios, envuelto en una felicidad casi física, como cuando recorría el Sudán en un destartalado camión Bedford a finales de los setenta. O como en el pasado marzo, sin ir más lejos, viajando en una expedición a pie por la isla de Socotra, alrededor —otra vez— de un fuego, mientras los beduinos cantaban, interrumpidos de vez en cuando por el berrido de los camellos. Sí, quizá viva de prestado, pero me queda cuerda para rato. No hace falta que esté en las antípodas para seguir soñando, porque en el minúsculo pueblo de Girona donde estoy viviendo, lo sigo haciendo, con mis libros, buceando en mis archivos de fotos, escribiendo o paseando con mi perra por el bosque, que es cuando me vienen las ideas y preparo mentalmente lo que escribiré al regresar a casa, si mis gatos, que adoran el teclado del ordenador, me lo permiten.

Cuando salí en busca de los árabes del mar, sabía que ya no surcaban el Índico con sus veleros impulsados por los monzones. Durante siglos, incluso antes del islam, desde los puertos de Arabia se aventuraban en el Índico. Cada año con el monzón del sudoeste viajaban a la India, a Indonesia, incluso a la China. En sus naves llevaban salazón de tiburón, repujados de cuero, incienso, limas, dátiles... y a cambio se traían gemas, sedas, especias, porcelana, arroz o té. Cuando al cabo de unos meses el monzón soplaba en dirección contraria, regresaban a Arabia o viajaban a las costas de África, donde conseguían pieles, maderas preciosas, especias, marfil y —en otras épocas— esclavos. Aquel comercio que se remontaba al mítico reino de Saba desapareció hacia la década de los sesenta del siglo XX arrinconado por los barcos modernos. Durante mi primer contacto con este mundo, a finales de los setenta, había podido comprobarlo. Sin embargo, sentí el deseo o, mejor dicho, la necesidad, de partir de nuevo en su búsqueda. Quizá me atrapara el sueño del antiguo sueño. Sabía que aunque el mundo de los árabes del mar había desaparecido, quedarían sus rescoldos en los sueños de los viejos marinos y mercaderes que habían hecho la ruta de los monzones. Sabía que en algún lugar de las costas de Arabia y África, todavía quedarían ancianos con historias que contar. Y partí en su búsqueda.

G.A.—*Eres un soñador, pues, pero tus sueños habitan en un exilio...*

J.E.—Quizá sólo se sueñe una única vez y ésta sea en la infancia. El resto de la vida sería entonces la búsqueda de ese momento, de ese sueño del momento en el que uno era más sí mismo, antes de que la educación fuera amoldando, puliendo, limando, castrando me atrevería, añadiendo capas y capas como pieles de cebolla, a lo que uno lleva dentro. El resto de la vida sería entonces la persecución de esos sueños de infancia.



Jordi Esteva

G.A.—*¿Dónde está tu patria? Pregunta que podríamos dirigirte como a un Ulises moderno.*

J.E.—*¿Mi patria? En cualquier lugar donde pueda escribir, hablar con ancianos que me cuenten historias, donde me sienta impelido a fotografiar. Ésa es mi patria porque allí soy más yo mismo. Antes tenía un lugar: Egipto. Viví cinco años. Allí respiraba, me sentía libre, muy libre. Tanto que sabía que no podía durar y que, tarde o temprano, sería expulsado. Algo iba a ocurrir. Y ocurrió: me vi envuelto en una supuesta conspiración y fui encarcelado y posteriormente expulsado. Cuando se me permitió por fin regresar, ni El Cairo ni yo éramos los mismos. Ahora en el campo estoy con mis libros, trabajando sobre la isla de Socotra, reviviendo las historias sobre el ave fénix y*



Los árabes del mar (foto: Jordi Esteva)

el *ave roc* que me contaba el hijo del último sultán que derrocaron los “revolucionarios” del antiguo Yemen del Sur. Pero no todo son fantasías, no vivo desligado de la realidad en una película de aventuras. Sé muy bien lo que ocurre en los países árabes. Hace unos años publiqué un libro de entrevistas con directores de cine, escritores e intelectuales del sur del Mediterráneo para contrarrestar la terrible imagen que ofrecen los medios de comunicación de las sociedades árabes. *Mil y una voces* lo llamé. Fue mi incursión directa en el campo sociopolítico. Lo hice porque surgió de una necesidad, de un querer poner los puntos sobre las íes. Pero lo que en realidad persigo es enmarcar las leyendas y la historia oral que recopiló en el convulso mundo de hoy, con sus contradicciones y violencia. En Socotra, como en otros lugares tradicionales, existe un mundo paralelo que es el de los genios o *yins*. Y mucha gente posee la facultad de acceder a ese mundo vetado al resto de los mortales. Me fascinan las historias de genios y de posesiones. En un trabajo de hace unos años, *Viaje al país de las almas*, me acerqué al animismo africano. Durante unos meses, en un poblado de la Costa de Marfil tuve acceso a prácticas y rituales de posesión. A un mundo que estaba desapareciendo en el que la sabiduría, la magia, la medicina, la literatura, la “ciencia” se transmitía a los iniciados mediante el trance.

Entre trabajo y trabajo, entre proyecto y proyecto, entre *sueño y sueño*, me encierro en un pueblo. Estoy aquí, pero no estoy aquí. En realidad el lugar ha dejado de ser importante.

G.A.—*Pueblos míticos del malpaís* (badland), *restos de naufragios como el del señor que perdió su barco y quedó a la espera bajo su sombra de la nada. ¿En un mundo vulgar como el nuestro, que evocas como telón de fondo en Viaje al país de las almas y en la segunda parte de Los árabes..., es posible encontrar el encantamiento?*

J.E.—Aunque a veces se complementen, en realidad fotografía y escritura son dos lenguajes muy distintos. Cuando viajé a los puertos de Arabia no eran fotografías lo que buscaba, me interesaba la memoria de capitanes y mercaderes. Perseguir un sueño de infancia. ¿Cómo plasmar en imágenes la memoria? Es difícil desdoblarse y fotografiar y escribir al mismo tiempo. Lo conseguí en *Viaje al país de las almas*. Pero una única antena no siempre sirve para captar distintas ondas. Entonces hay que escoger. En *Los árabes del mar*, las fotografías eran hechas en momentos de descanso, porque yo estaba ocupado en los relatos. No quise incluirlas en el libro para no condicionar al lector. Quería que éste imaginara los rostros de los capitanes y los paisajes... que cada uno compusiera su propia partitura. Si todo se da demasiado masticado desaparece la magia. Me fue difícil al principio contactar con personas que, aunque hospitalarias, eran muy retraídas. Una vez conseguida la confianza de alguno de los viejos marineros, cuando sabía ya qué es lo que había ido a buscar tan lejos, todo cambió y se me abrieron. Luego, igual como se hacía en otros tiempos, una carta redactada para un antiguo amigo que vivía en un puerto alejado era como el salvoconducto que me abría otras posibilidades y así continué siguiendo una cadena que me llevaría de Arabia a Zanzíbar y a la costa de Tanzania. A medida que me daba cuenta de que el viaje llegaba a su fin, comenzaron a sucederse momentos mágicos, irreales casi, como en un sueño. De modo que aquel sueño de encontrar a los árabes del mar, de seguir tras la estela de Simbad, como se subtitula el libro, se realizó casi y, cuando creía que lo había alcanzado, se difuminaba de nuevo en un sueño, como al final del libro, cuando a la luz de la luna un grupo de elefantes se adentra en el bosquecillo de baobabs entre las ruinas de un antiguo sultanato encantado por una reina maga.



Iniciado en el Bosque Sagrado (foto: Jordi Esteva)

G.A.—¿Predomina en tus diferentes obras una suerte de “yo no busco, encuentro”, de lógica suprarreal, acaso surreal?

J.E.—¿Es posible encontrar el encantamiento? Sí, aunque primero hay que buscarlo. Ser paciente. Dejar que el azar actúe. Cuando viajé a Costa de Marfil, lo hice para intentar plasmar en imágenes un concepto no muy definido: la *drumología* del profesor Niangoran Buah, por el cual las ideas se transmitían con el lenguaje de los tambores. Pero en la práctica la tal *drumología* era algo bastante discutible, cuando menos no muy investigado, y su plasmación en imágenes resultaba pobre y folklórica. Entonces dejé que el tiempo actuara y se me presentó la oportunidad de acceder a un santuario animista donde no supe si sería bien recibido, cosa que conseguí creo que por empatía con una importante sacerdotisa que en estado de trance me dio la bienvenida. Si tras el trabajo sobre la *drumología* hubiera tirado la toalla y regresado a España, habría obtenido una colección de imágenes correctas sin excesivo interés. Pero al estar predispuesto al azar y dejar que éste interviniera, pude conseguir lo que tiempo atrás en el sur de Sudán había soñado: tener acceso a un mundo vedado, el de los espíritus del bosque. Participar o, mejor dicho, vislumbrar sus prácticas y apariciones.

G.A.—¿Y el azar? ¿Qué papel juega en todo esto?

J.E.—El azar existe pero ocurre como con las musas, tiene que pillarte despierto, alerta, vigilante y con los motores calentados. La predisposición debe estar allí. Ocurre lo mismo cuando paseo con mi perra: suelo hacer el mismo recorrido y siempre me esperan una multitud de pequeñas sorpresas: mantis copulando, hormigas afanosas construyendo su nido, arañas amarillas y negras en el centro de una red perfecta, patos silvestres de cuello esmeralda que inician el vuelo, fochas con sus polluelos, garzas de cuello en forma de zeta vigilantes con las patas en el agua esperando un movimiento plateado; permanecemos los dos agazapados y siempre nos sobrevuela algún cormorán o sorprendemos sobre el río la mancha turquesa de un martín pescador. Pero cuando quiero compartir mis pequeños descubrimientos, nunca están allí. Son momentos que existen pero no se repiten y hay que ser consciente de ello para capturarlos.

G.A.—*¿Eres la antítesis del cazador de imágenes? No te he visto nunca tomando fotos compulsivamente, como tantos otros fotógrafos.*

J.E.—No, no soy un fotógrafo compulsivo sino todo lo contrario; de tan selectivo a veces no saco la cámara de su funda. Demasiadas veces. Hace meses que no tomo ni una sola fotografía, exceptuando algunas tomas que hago durante los paseos diarios para no perder la costumbre.

G.A.—*Me decía un antiguo diplomático, amigo tuyo, que vivió en tierras de Egipto que le decía la gente de allá: usted ha llegado tarde, tenía que haber venido en tiempos del rey Faruq. ¿Llegaste tú a tiempo de que desapareciese el encantamiento?*

J.E.—¿Llegar tarde? Siempre se llega tarde. Si hubiera viajado a Egipto en época de Faruq me habrían dicho: ¡Ay! ¡Tendría que ver esto cuando estaba el rey Fuad! ¡Cuando Egipto era Egipto! ¿Cuándo un lugar deja de ser un lugar? Todo cambia. Hay lugares que conservan la magia, en otros se ha ido. Pero todo es subjetivo. Hace unos meses viajé a un lugar que para mí era mítico y que en mis épocas de nomadismo exacerbado no pude visitar porque pertenecía al Yemen del Sur, un país de régimen marxista cerrado a los extranjeros. Estoy hablando del Hadramaut: un valle, más bien una cuenca fluvial estacional, que es en realidad un inmenso cañón erosionado por riadas antiguas en el desierto. Cuando lo visité, allí estaba todo lo que había soñado: casas de adobe de más de ocho pisos; hombres amasando barro y paja para hacer ladrillos de adobe que cocían al sol; huertos frondosos separados por muros irregulares, casi orgánicos, como a punto de ponerse a palpar, rematados por hojas secas de palmera. En fin, todos los ingredientes para entusiasmarme. Pero algo ya no funcionaba. Para mí, la magia del lugar se había desvanecido; quizá porque para mí llegó el día en que esos lugares dejaron de ser “exóticos”, eso es: desconocidos, distintos, diferentes. Llegó el momento en que como por arte de magia comprendía lo que decía la gente, sus aspiraciones y su situación. Su absoluta falta de progreso en el terreno de las libertades. El avance de las opciones más retrógradas como única alternativa al poder. La situación horrible de la mujer, apenas una sombra, o de los homosexuales, que pueden ser condenados a muerte. Recuerdo las miradas de recelo cuando no de odio en algunas poblaciones del Hadramaut. Bajo la tutela americana, el gobierno títere de Bagdad acababa de hacer el juicio bufo —un poco a lo Ceaucescu— a Sadam Hussein y éste había sido ajusticiado. En las puertas de las tiendas o en las lunas de los automóviles los yemeníes mostraban grandes fotos del tirano sujetando un kalashnikov. En los cibercafés, algunos jovencitos reían contemplando por Internet ejecuciones de rehenes occidentales a manos de “insurgentes” iraquíes. Había que justificarse a cada momento, pretender convencer a interlocutores incrédulos de que una gran mayoría de los occidentales no comulgábamos con las mentiras de Bush, Blair o Aznar, y ni mucho menos con su intervención armada.

Pero no todo “estaba perdido”. Tras el Hadramaut visité por fin la isla de Socotra, que permanecía como sus cumbres, envuelta en el halo de lo arcano.

G.A.—*¿Fue ésa tu existencia en Siwa en los setenta, la de un mundo aparte, en trance de romper su burbuja?*

J.E.—No he regresado a Siwa, ni me he atrevido ni tengo ganas. Como me ocurre con tantos otros sitios prefiero mantener el recuerdo. El de un lugar que, en su momento, idealicé sin duda alguna y que el tiempo y la memoria han acabado por convertirlo, para mí, en una leyenda. Tampoco regresaré a Socotra, en la que reviví sin embar-



Komián Brou Akossua danzando (foto: Jordi Esteva)

go la emoción y la ilusión de juventud por el viaje. Una isla de pastores que no conocían la agricultura, que vivían en cuevas y que se desplazaban a pie. Una isla acechada ya por los promotores de Dubai en la que la ilusión del progreso comenzaba a abrir brechas en las comunidades hasta entonces autárquicas e igualitaristas.

G.A.—¿Qué queda hoy de aquella experiencia transformadora?

J.E.—¿Qué queda hoy? Mucho. Todo. Quizá para un gato, si no viejo, desde luego sí maduro, como yo, resulte difícil entusiasmarse por un lugar en concreto. Pero queda la memoria y eso es para mí lo fascinante. Buscar esos mundos de mis sueños en el sueño de otras personas. Los recuerdos deformados por el tiempo, por la propia leyenda. Y eso, para mí, es una maravilla, mil veces mejor y más gratificante. Puedo encontrarlo además, como me sucedió en Zanzíbar y escribí en *Los árabes del mar*. En aquella isla, que aún sigue siendo bellísima, rodeado de turistas, encontré viejos marinos con historias que contar.

G.A.—Y después del encantamiento: ¿existe una pesadilla árabe? Una alucinación enloquecedora. Cuando a ti te coge la fiebre y eres robado, escena que cuentas en *Los árabes...*, parece estar en ese trance...

J.E.—Sí, resulta curioso pero tras el robo en Jartum durante una noche de juerga en un lugar poco recomendable (es decir, *muy* recomendable), la gente se desvivió y todo el mundo me cuidaba. Me invitaban en los restaurantuchos que solía visitar, los amigos locales se desvivían, me paraba gente que no recordaba porque aquella noche debí armarla. Sentí una enorme solidaridad. Lo mismo que cuando cogí las fiebres de la malaria. Entonces, para protegerme, aquellos amigos sudaneses que apenas tenían para vivir el día a día, se hicieron cargo de mi pasaporte y cheques de viaje; también de mis cámaras y rollos de Tri-X. Una fortuna comparada con sus escasos medios. Nadie tocó ni un céntimo. Me alimentaron con zumos de frutas, me secaban la frente, me lavaron y cambiaron los diez días que duró el acceso. Cogí las fiebres al mismo tiempo que un refugiado ugandés. Gayton se llamaba, era hijo de un obispo anglicano asesina-

do por Amin Dada y nos habíamos hecho amigos. Colocaron dos camastros bajo un gran banyano, el árbol de las lianas de Buda. En los momentos de lucidez, nos contábamos las infancias. Yo le hablaba de mis veranos en un valle en el que apenas entraba la luz junto a un castillo medieval de mentirijillas construido por un estraperlista. Cerca había una charca que me fascinaba y de noche la luna se reflejaba en aquellas aguas densas. Las lechuzas ululaban sobre un bajo continuo de cantos de grillos y croares de ranas. Me gustaba pasar horas viendo a las libélulas cómo basculaban su abdomen en posición vertical, y en pleno vuelo lo sumergían en el agua para poner huevos, ajenas a las carpas que saltaban para atraparlas. Una mañana, aquellos mismos peces mordisqueaban el cuerpo hinchado de un campesino que se había suicidado... Gayton, en cambio, me hablaba de remotas comunidades que visitaba con su padre para predicar la palabra del Evangelio y combatir a los hechiceros. ¿Quién me iba a decir entonces que años más tarde partiría en búsqueda de esos “hechiceros” que llegarían a ser amigos? Porque aquellos “hechiceros” no eran los charlatanes y falsos curanderos de los misioneros, sino sacerdotes y médicos tradicionales, los poseedores de un saber que se transmitía únicamente en estado de trance. Los conocedores de la prodigiosa farmacopea del bosque africano.

En cuanto a lo de pesadilla arábica... Viví mucho tiempo en Egipto, cinco años, he debido decirlo antes en esta entrevista, porque lo cuento siempre... Al principio todo era perfecto, estaba descubriendo el país, pero poco a poco comencé a sentir con mayor fuerza la opresión de una sociedad cada vez más coartada por una interpretación interesada de algo que debiera ser tan privado como la religión. Aquello me sofocaba. Vivía la sensación de haber caído en un pozo del que era difícil salirse porque, acto seguido, una vez identificada la situación, una sonrisa anónima o unos ojos negros actuaban como un narcótico y entonces deseaba no partir nunca. Recuerdo aquellas sensaciones de amor y rechazo que se sucedían y se solapaban a lo largo de un mismo día. Claro que con los años mi antigua fascinación por el mundo árabe ha ido disminuyendo, ¿o no sería en realidad que el mundo en general me ha dejado de interesar? Antes salía a la aventura, a explorar la vida. Ahora, en la madurez, no es que haya perdido la curiosidad, es que preveo —o eso, iluso de mí, es lo que creo— las situaciones. He acabado por entender el idioma, por descifrar las conversaciones entre personajes reclinados sobre almohadones fumando pipas de agua como si de un cuadro orientalista se tratara; conversaciones que nada tienen que ver con las de los caravan-serrallos de los cuentos. Ya no tengo ningún interés en lanzarme al mundo, sin rumbo, a la búsqueda de lo imprevisto. Ahora me interesa la memoria. Viajar sí, pero de personaje en personaje, escuchando historias de los ancianos que con ellos desaparecerán. Y créeme, no siento añoranza alguna de otros tiempos, ni de las aventuras en los fumadores de El Cairo, ni las ya muy lejanas e improbables de otra índole.

G.A.—*Acabo de ver tu película Retorno al país de las almas. Me ha quedado el eco, es decir, que es de largo recorrido. Al contrario de los Maîtres fous de Rouch, que acrecentaba la dramaticidad de los animistas con trances espasmódicos —según me han dicho algunos malintencionados fueron provocados por la ingesta de alcohol que les proporcionaba el antropólogo a los “actores”—, el tuyo es un filme honesto, bien construido, estético sin esteticismo, normal en la medida en que todos, incluso los hechiceros, somos normales, etc. Lo que al final nos impresiona es precisamente la normalidad de las cosas. Tú lo sabes sobradamente. Has afirmado que la tuya es una película anti-antropológica. ¿Por qué?*



Izqda.: Jordi Esteve con la sacerdotisa animista Komián Adjoua Eponom (foto: Albert Serrado)
 Dcha.: Komián Brou Akossua entra en trance (foto: Jordi Esteve)

J.E.—¿Anti-etnológica? Quizá. Hace unos años mientras preparaba el libro *Viaje al país de las almas* intenté hallar información sobre los agni, un subgrupo de los akán, al que pertenecían las personas con las que me rodeaba. Apenas encontré un libro, y no muy bueno, de una etnóloga cuyo nombre no mencionaré. Se pasaba casi la mitad del volumen hablando del método escogido para recopilar información. Me pareció algo absurdo, una especie de masturbación académica. A mí me interesaba conocer más sobre la espiritualidad de aquel pueblo, su cosmovisión, las leyendas y mitos, pero me encontré con un ladrillo pretendidamente, por no decir presuntuosamente, científico.

No he querido hacer un documental al uso. En él no aparecen bustos parlantes dando lecciones desde el norte, o desde las capitales africanas, lo que suele ser lo mismo. En el documental ni siquiera se habla de etnias, clanes o grupos. No sabemos en qué idioma hablan, ni a qué “tribu” pertenecen, ni en qué país está rodado hasta que aparecen los títulos de crédito. Aunque, evidentemente, se dan pistas, pues de vez en cuando se menciona Abidjan u otra ciudad de Costa de Marfil. No he querido que antropólogos o científicos dieran su opinión y trataran de racionalizar dando sesudas explicaciones sobre las escenas y ceremonias del documental. No era ésta la visión que quería dar. En este sentido sí es anti-etnológica o mejor dicho anti-académica: porque, ¿no es ésta otra manera de hacer etnología? En todo caso no me preocupa lo más mínimo porque yo he querido hablar desde el corazón. Es decir, desde la poesía. Parfraseando aquella canción pop, *We don't need another hero* (*No necesitamos otro héroe*), “No necesitamos otro documental”.

Me interesaba presentar la película como una metáfora de lo que está sucediendo hoy en día: la desaparición de visiones ancestrales del mundo, de las sabidurías anti-

quísimas arrastradas por la globalización. El documental está rodado en África pero lo habría rodado con la misma intención en Siberia, en Papúa o en Bolivia. No he querido tomar, aparentemente, partido. El mundo evoluciona, surgen nuevos mitos y creencias y desaparecen otros. *A posteriori* veo que el enfoque tiene algo de oriental, casi budista: todo desaparece y se transforma continuamente. El bosonismo (la espiritualidad de los akán) es una manifestación más de la maravillosa y asombrosa aventura del hombre sobre la Tierra.

G.A.—¿Cómo has logrado llegar a ese grado de intimidad con los komián?

J.E.—Todo empezó en 1996, como bien sabes, cuando tú, que entonces eras director del Centro de Investigaciones Ángel Ganivet de Granada, me invitaste a realizar un trabajo de campo en Costa de Marfil sobre la *drumología*, el estudio del lenguaje de los tambores. El antropólogo Koffi Kouassi Denos fue mi introductor en el país, pero tras un mes de trabajo no estaba satisfecho con los resultados. El tema era demasiado amplio y no me permitía aportar nada nuevo. Cuando estaba a punto de tirar la toalla, por una serie de casualidades entré en contacto con el secreto mundo del animismo.

He seguido en contacto hasta hoy gracias a mi amistad con Yéo Douley, que fue ayudante y ahijado de Jean Marie Addiafi, un gran defensor de la sabiduría tradicional y de la espiritualidad africana. Suyo es el término “bosonismo”, de *boson* (genio), en contraposición al genérico “animismo” que consideraba demasiado amplio y con connotaciones coloniales.

Gracias a Yéo Douley y a Addiafi pude contactar, en su día, con la gran sacerdotisa de Anianssú Komián Adjoua Eponom Essouman, quien me aceptó en su santuario tras previa consulta con sus *boson* y tras someterme a unos rituales. A partir de ahí, todo fue muy fácil. Viajé tres veces a Costa de Marfil entre 1996 y 1997 permaneciendo un promedio de dos meses en cada viaje, conviviendo con los komián o sacerdotes animistas y sus iniciados. Yéo Douley me acompañó la mayor parte del tiempo. Fruto de mis investigaciones fueron la exposición y el libro *Viaje al país de las almas*.

Durante diez años he mantenido la relación con aquel mundo, interesándome por los komián y sus iniciados y ayudándoles en la medida de mis posibilidades. Sobre todo durante el período de la guerra civil. En febrero de 2007 Yéo Douley me telefoneó para contarme que en el transcurso de una ceremonia de trance “los fetiches se habían manifestado y me reclamaban y que querían mostrarme *cosas* que yo no sospechaba”. Evité el compromiso con evasivas: estaba inmerso en un texto sobre la isla de Socotra y no quería interrumpir mi trabajo. Sin embargo, pasados unos meses, sentí la imperiosa necesidad de regresar a África como si los fetiches hubieran estado “trabajando”. Cuatro meses después aterrizaba en Abidjan con un pequeño equipo: dos cámaras, un ingeniero de sonido y una productora ejecutiva. Yéo era el coordinador y el narrador de la película y me ayudó a reescribir el guión que yo había elaborado, de modo que puede decirse que sus palabras en el filme son una síntesis de las ideas sobre el animismo de ambos.

El documental no hubiera sido posible sin mi larga relación con aquel mundo. Muchos de los komián eran conocidos, algunos amigos como la komián Adjoua o Kouakou, su oficiante. Por todas estas razones todos los participantes se desenvolvieron con la mayor naturalidad sin que les afectara la presencia de dos cámaras. Debo añadir que contábamos con la imprescindible aprobación de los *boson*, habiendo realizado los rituales y sacrificios pertinentes para que los “genios” nos aceptaran.



Pescadores. Sultanato de Omán (foto: Jordi Esteva)

El resultado ha superado mis expectativas porque hemos conseguido que las cámaras desaparezcan y se hagan invisibles; que se muevan entre las piernas de los participantes en las ceremonias o que se cuelen entre lienzos mientras se engalana ritualmente a un nuevo sacerdote el día de su entronización.

G.A.—*Cuando vuelves de Egipto, expulsado, te comprometes, con Pepe Ribas, en sacar adelante la revista Ajoblanco, en su segunda etapa. Era una plataforma de contestación y análisis crítico de la realidad, en los noventa, que hoy no existe, y que muchos echamos de menos. ¿Tú también?*

J.E.—¿Echar de menos? En un plano personal, en absoluto. Pero si me preguntas si estaría bien que se siguiera publicando *Ajoblanco*, contestaría que quizá hoy resultaría más necesario que nunca. Porque esto, y pese a Internet, blogs *et allia*, es un desierto cultural. Un páramo. *Badlands*, que se dice en antropología. Para mí fue una etapa dura pero muy bonita. Yo acababa de ser expulsado de Egipto, estaba trabajando en los oasis, venía de una realidad ya no sólo diferente a la española sino a la de El Cairo. Había encontrado por fin el tema que anduve buscando y en el que volcarme: una sociedad tradicional que estaba a punto de asomarse, de entrar en contacto, con otra realidad que acabaría por arrollarla. Porque a punto estaba de romperse la autarquía de las necesidades. La televisión estaba a punto de llegar y con ellas las nuevas necesidades que no podrían satisfacer porque de golpe y porrazo descubrirían que eran pobres. Para mí era emocionante haber llegado “un minuto antes” y poder acceder a un mundo en el que aún imperaban las formas y normas ancestrales del desierto. Pero justo cuando estaba fotografiando mejor que nunca y me hallaba imbuido de una felicidad como no volvería a tener en mi vida, ¡zas!: secuestrado y encarcelado. Quince días después fui expulsado del país y de nuevo me vi, como en una pesadilla, en la ciudad de la que había huido cinco años atrás.

Siete años estuve en *Ajoblanco*, luchando para dar a conocer otras realidades. Otras culturas. Por difundir a escritorazos como Mohamed Chukri. Fue un lujo hacer larguísimas entrevistas de 16 páginas, sin ningún condicionamiento, a Gunter Walraff, a Haneef Kureishi, a Juan Goytioslo o a Cabrera Infante.

Una vez acabada mi etapa en *Ajoblanco* en 1993 recuperé el hilo que había interrumpido antes de la expulsión. Regresé a mi mundo, a mis fotos, a mis escritos. Se acabaron para siempre la actualidad y el periodismo. *Ajoblanco* fue una época muy intensa y difícil. No sabíamos nunca si saldría el próximo número. Muchos fotógrafos o periodistas estaban disgustados conmigo, pero es que yo no les encargaba nada porque nunca sabía si los de contabilidad les podrían pagar. Sería fantástico un *Ajoblanco* hoy en día: una revista independiente, con criterio, que si bien no había por qué coincidir plenamente con los contenidos, siempre disponía de una magnífica panoplia de colaboradores que volarían y despuntarían con luz propia. Era un maravilloso e interesante laboratorio. Pero yo, de aparecer en los kioscos de nuevo, ya no formaría parte. Hay un tiempo para todo.

G.A.—*Un espacio de comunicación y cultura que hoy serviría para dar a conocer, por ejemplo, lo que ocurre en Costa de Marfil, un país azotado por la inestabilidad y la guerra a la vuelta de cada esquina...*

J.E.—¡Respecto a Costa de Marfil! Todavía es hora de que se lea en nuestra prensa un artículo, bueno o malo, sobre lo que allí está ocurriendo. Lucha soterrada entre Estados Unidos y Francia —y en cierto modo China— por la influencia en África. Lucha soterrada entre el norte islámico y el sur cristiano. Guerra civil aún reciente que dejó maltrecho al país que era el orgullo de África Occidental y a Abidjan, la capital económica, el París de África. Guerra y malestar que apenas afectaron a la zona de Abengourou, la región mayor productora de cacao no sólo del país o de África sino del mundo. ¿Casualidad?